

# Palabras introductorias

**EXCMO. SR. D. ALFREDO DAGNINO GUERRA**

Presidente de la Asociación Católica de Propagandistas  
y de la Fundación Universitaria San Pablo CEU

Excelentísimo y Reverendísimo señor Nuncio Apostólico de Su Santidad en España, Excelentísimo y Reverendísimo señor Obispo Consiliario Nacional de la Asociación Católica de Propagandistas, Excelentísimo y Magnífico señor Rector de la Universidad CEU San Pablo, Ilustrísimo señor Director del Congreso, Excelentísimos e Ilustrísimos señores miembros del Consejo Nacional de la Asociación Católica de Propagandistas y de los patronatos de nuestras obras, Excelentísimas e Ilustrísimas autoridades civiles eclesiásticas y académicas, queridos dirigentes y miembros de la Asociación, dignísimos representantes de los movimientos, asociaciones apostólicas y demás realidades eclesiales, señoras y señores presidentes de sesiones y de mesas, ponentes y comunicantes, muy queridos y distinguidos congresistas, señoras y señores, amigos todos y hermanos en el Señor, que nos honráis con vuestra presencia en esta nueva edición del Congreso Católicos y Vida Pública. Vaya a todos mi agradecimiento más sincero y cordial por vuestro apoyo, aliento y presencia hoy aquí, que viene a reafirmar el testimonio evidente de comunidad y de fraternidad que debe constituir la esencia de nuestra vida cristiana.

Saludo con especial afecto y cariño a todos los presentes, a las autoridades, a los congresistas, a todos los ponentes invitados, que se congregan hoy aquí en esta Universidad CEU San Pablo que nos acoge, en esta Aula Magna, pero que han repleto otras tantas salas que se han habilitado para que se puedan seguir, aunque sea en la distancia, este acto de inauguración.

Saludo también a todos los que nos siguen en estos momentos por Radio María, que retransmite, como es habitual en estos últimos años, íntegramente y en directo el Congreso Católicos y Vida Pública. Un recuerdo y un saludo a todos los oyentes que nos siguen por Radio María de España y de fuera de España. Y a todos los que también, desde múltiples rincones de nuestra nación, de Europa, y de manera creciente del mundo, nos siguen también a través y por medio de Internet.

A todos mi gratitud más sincera por vuestra fidelidad y vuestra adhesión a esta obra apostólica que es el Congreso.

Con particular, legítimo orgullo y renovada ilusión, damos comienzo a una nueva edición del Congreso Católicos y Vida Pública, la duodécima, y lo hacemos desde la más pura fidelidad a su inspiración fundacional. Promovido hace doce años como una obra de la Asociación Católica de Propagandistas, nació con la convicción de una necesidad, de la necesidad de concienciar y de ir vertebrando el catolicismo. El Congreso quiso entonces y quiere ahora alentar apostólicamente a los católicos, corresponder a un llamamiento del Episcopado largo tiempo atrás de animar la presencia y la participación activa y responsable en la vida pública, y también servir y ser signo de unidad y de comunión en el seno de la Iglesia. Contribuir a esa suerte de ecumenismo católico, como se le ha dado en llamar, en la convicción de que solo en plena comunión eclesial y con espíritu de unión entre los hermanos en Cristo, es posible dar un testimonio completo y auténtico del amor de Dios, manifestado en su hijo. Unidad y comunión que es algo intrínseco de este Congreso, y que implica sobre todo y ante todo una vocación de servicio a la Iglesia. Fines ambos, como a nadie se les oculta, que están profundamente enraizados en lo que constituye el carisma y la vocación específica de la entidad que promovió esta obra, la Asociación Católica de Propagandistas, y de ello es testigo bien elocuente un legado de la historia de España y de la Iglesia durante el siglo XX.

Si hoy volvemos la vista atrás podremos contemplar, con un razonable orgullo y desde la humildad, los frutos. Tal y como fue concebido hace más de una década, el Congreso, que nace de la vitalidad y el vigor creciente de la Iglesia, ha servido para fortalecer y concienciar al catolicismo social español. Año tras año, edición tras edición, se ha configurado y se ha ido consolidando como un momento privilegiado de encuentro, de comunión, de articulación de las iniciativas y las expectativas de quienes son llamados al ancho camino del apostolado en la vida pública. Desde sus inicios, el Congreso ha sido una expresión de la pluralidad de las formas de vida de fe y de presencia pública. Un lugar, como decía, de encuentro y de comunión para que los seglares expresen sus inquietudes, y busquen caminos comunes de respuesta a los anhelos más profundos del corazón de los hombres en esta hora de la historia.

Desde entonces y a lo largo de once ediciones celebradas, hemos reflexionado, hemos analizado una realidad que parecía olvidada y marginada en España y en todo Occidente, pero que era recordada insistentemente por los pontificados: la presencia de la fe en la vida pública.

Hemos proclamado, sin desánimo y también sin complejos, que prescindir de Dios, actuar como si Dios no existiese, o recluir la fe al ámbito mera-

mente privado, socava la verdad del hombre, e hipoteca el fondo, el futuro y la cultura de la sociedad.

Hemos analizado las grandes cuestiones de nuestro tiempo a la luz de la verdad del Evangelio, y de las enseñanzas que nos procura la Iglesia. Creo también poder afirmar que estos congresos han contribuido a reforzar un legítimo orgullo de pertenencia a la comunidad cristiana, a ir por la vida erguidos y con la mirada alta por el orgullo de sentirse cristianos, y han sido signo progresivo de madurez del laicado. No sólo eso, los congresos han sido fecundos en promoción de otras iniciativas como las Jornadas de Católicos y Vida Pública, que desde el mes de enero del año 2006 la Asociación Católica de Propagandistas promovió al igual que los recientes congresos sectoriales. Se ha conseguido, gracias a Dios y gracias al esfuerzo de muchas, muchas personas implicadas en esta obra, que se advierta desde la sociedad y desde la propia Iglesia que poco a poco las cosas están cambiando, que el catolicismo despierta de su letargo y ha ayudado también a despertar a muchos seculares, y a vivir un Cristianismo más visible y más comprometido. Ellos nos alertan de la importancia de nuestra misión y de la responsabilidad que lleva implícita. Toda una responsabilidad histórica, que pesa sobre nosotros, de continuar un camino emprendido.

Por ello, y porque es de justicia, quiero ante todos ustedes, ante todos vosotros dar gracias a Dios porque nos permite estar hoy aquí celebrando esta duodécima edición del Congreso, reafirmando nuestra fe en Cristo y nuestra fidelidad a la Iglesia, una Santa Católica y Apostólica.

Quiero también aprovechar esta ocasión para agradecer el esfuerzo, la dedicación y el compromiso de tantas y tantas personas buenas y santas de esta casa, y de fuera de esta casa, que día a día durante todo el año, de congreso a congreso, colaboran y contribuyen a que esta obra sea una realidad apostólica, fecunda y gozosa. A todos ellos mi reconocimiento y mi gratitud más sentida.

Quiero tener un agradecimiento muy especial a la jerarquía de la Iglesia en España, en particular al señor Cardenal, Arzobispo de Madrid y presidente de la Conferencia Episcopal, que desde sus inicios ha alentado y ha animado estos congresos, y que precisamente en esta edición ha tenido la deferencia de aceptar nuestra invitación y participar en el reciente acto, que tuvo lugar hace unos días, de presentación institucional de este Congreso y que nos ha servido indudablemente de pórtico y lujo.

Gracias especialísimas al señor Nuncio Apostólico de Su Santidad, y al Obispo Consiliario Nacional de la Asociación, por su apoyo inestimable desde la fundación, por su presencia siempre continuada desde el primer congreso,

hasta esta duodécima edición. Sabemos y tenemos constancia del esfuerzo que hacen siempre por estar con nosotros.

Quiero además aprovechar esta ocasión, porque es la primera en la que tengo la oportunidad de hacerlo en el seno y en la sede de este Congreso, para dar nuestra más calurosa bienvenida a Monseñor Fratini, a quien agradezco desde que tomó posesión y entregó sus cartas credenciales su testimonio de aliento y de felicitación hacia la Asociación Católica de Propagandistas y su obras, y hacia este congreso en particular, también habiéndole oído por lo que supone de estímulo a esta casa y a este Congreso para impulsar decididamente el espíritu cristiano en la vida pública, y el impulso desde la perspectiva de nuestra presencia en todos los campos del compromiso social, político y cultural.

También aprovecho como presidente de la Asociación y ante el señor Nuncio para reiterar, una vez más, la más pura fidelidad de esta institución a la Iglesia y al Santo Padre.

Gracias a todos los hombres y a todas las mujeres que, con su labor abnegada y silente, han conseguido que esta edición sea un año más una realidad, al Comité Asesor, a la Comisión Ejecutiva, al Director del Congreso, que con su buen hacer y su sentido apostólico, y en unión siempre con su equipo, hace que esto sea posible. A todos ellos también mi más sincera y cordial felicitación.

Muy especialmente al respaldo institucional organizativo y logístico que nos procura año tras año la Asociación Católica de Propagandistas, la Fundación Universitaria San Pablo CEU, esta universidad y todas sus obras y servicios.

Gracias a los presidentes de las sesiones previstas y de las mesas, a los ponentes, a los comunicantes y a los patrocinadores. No son tiempos en los que muchas empresas quieren unir sus siglas y sus logos a un congreso católico, y yo los quiero citar expresamente en reconocimiento y en gratitud: a la cadena COPE, a Cece, a leche Pascual, a Arturo, a Nacex, a Europcar y a Scalextric, que patrocinan partes del congreso y también en el congreso infantil.

A todos ellos mi gratitud y mi reconocimiento, al igual que a todos los miembros de la organización, que con su intenso trabajo lo hacen posible.

Muy particularmente quiero tener un recuerdo especial a la multiplicidad de asociaciones apostólicas, de movimientos católicos y de diversas realidades eclesiales, que año tras año y día tras día nos ayudan de manera inestimable por su implicación en la organización y en la promoción de este Congreso.

También a los medios de comunicación que nos prestan cobertura, y quiero tener en esto menciones especiales para algunos en particular: al sema-

nario católico *Alfa y Omega* por su compromiso siempre con esta Casa y con el Congreso, a la cadena COPE y a Popular Televisión, al grupo Intereconomía, al semanario *Alba* y a Radio María, por su compromiso específico con este Congreso año tras año, y a todos los medios generalistas o temáticos que prestan un inestimable servicio a este Congreso, dándole cobertura y difundiendo sus contenidos.

Pero si hay que darle las gracias a alguien es, como siempre digo, a todos ustedes. A todos vosotros, queridos congresistas y comunicantes, a quienes agradezco nuevamente vuestro compromiso y vuestra fidelidad con esta obra. Vosotros sois, en definitiva, la razón de ser de toda esta organización, y sin vosotros esto sería irrealizable.

Gracias por estar aquí, y gracias por pensar que el esfuerzo que implica la organización y la celebración de este Congreso merece la pena.

Durante sucesivas ediciones hemos tratado, desde el año 1999, muchos temas específicos: desde el primero, que abordó el tema genérico de los católicos en la Vida Pública, pasando por la educación, los retos de la sociedad de la información, los de los desafíos de la Doctrina Social de la Iglesia, el ser de Europa, la cultura, la llamada de la libertad, el desafío de ser hombre.

Hemos puesto el dedo en la llaga de lo esencial con dos congresos: *Dios en la Vida Pública*, y *Cristo, la Esperanza Fiable*. Hemos abordado un tema tan urgente como apasionante el año pasado: la política al servicio del bien común.

Este año celebramos la duodécima edición bajo un lema *Arraigados en Cristo: firmes en la fe y en la misión*.

Lo hacemos, debo decirlo, envueltos por la gracia que ha supuesto para todos nosotros, y para nuestra nación la visita apostólica del Santo Padre.

El papa Benedicto XVI nos ha visitado por segunda vez en su pontificado. Ha sido todo un acontecimiento de gracia. España y los españoles, creo que nos hemos volcado en estos días inolvidables. Como en otras ocasiones no ha faltado un ápice de entusiasmo de las gentes y, por encima de todo, el afecto y la admiración. Lleno de fe y de un gran amor al Santo Padre, que son expresión de un gran amor a la Iglesia, y en ella al señor. Todo un acontecimiento que es motivo de un gozo y una esperanza que nada ni nadie nos puede arrebatar. Hemos visto a un Papa cercano, gran conocedor y admirador de nuestra historia, amante de nuestra patria, con una mirada humilde de afecto entrañable y de solidaridad con nosotros, como uno de nosotros, identificado con los grandes problemas que nos afligen, solícito con nuestras necesidades, en suma, testigo de Jesucristo y de nuestra esperanza. Jornadas históricas las que vivimos recientemente en Santiago de Compostela y en Barcelona, que no quedarán

únicamente en nuestro recuerdo. La memoria de este segundo viaje apostólico a España de Benedicto XVI seguirá viva en nuestro agradecimiento, en el gran significado religioso que ha tenido esta visita y en el hondo y alentador mensaje que nos ha legado el que ha venido a nosotros como hombre y como peregrino de la fe, testigo de esperanza, heraldo del Evangelio y mensajero de paz.

Quisiera destacar muy singularmente sus palabras evocadoras de nuestra historia, de nuestra identidad y de nuestras raíces, la evocación de lo que ha sido y es España, y muy especialmente de lo que está llamada a ser. Ha sido todo un aldabonazo cargado de futuro y de esperanza. En esa evocación, sus palabras ponían delante de nosotros esa historia nuestra de la que no podemos prescindir, y de la que nos debemos sentir orgullosos como católicos y como españoles. Una historia que, si la miramos bien, si la contemplamos rectamente y sin prejuicios, es imposible entender sin la aportación de la fe cristiana que nos trajeron el Apóstol Santiago y el mismo San Pablo. Porque nuestra historia no se comprende sin lo que supuso la superación del arrianismo por el III Concilio de Toledo, donde propiamente empezamos a ser lo que somos en unidad y proyecto común.

Durante sucesivos siglos se ha ido forjando y configurando España por la recuperación de lo que había constituido y es el alma de nuestro pueblo, la verdadera fe en Jesucristo y la fidelidad a la Iglesia, donde él está presente y actuante.

El Santo Padre nos ha dejado a los católicos españoles la insistente exhortación a mantener y a avivar el rasgo más destacado de nuestra identidad, que no rompamos con nuestras raíces cristianas, que nos apoyemos hoy en esta encrucijada de la historia en el fundamento más firme de lo que somos, y de lo que nos constituye como lo que somos. Sólo así seremos capaces de aportar a Europa y al mundo la riqueza de lo que somos y de lo que nos constituye; integramos y somos depositarios de una rica herencia de fe y espiritualidad, que debe ser capaz de dinamizar de nuevo nuestra vitalidad cristiana, que en otros momentos ha contribuido de manera tan decisiva y determinante a la renovación universal de la Iglesia y a su obra evangelizadora, de la que no es separable su obra profundamente humanizadora.

Este duodécimo Congreso Católicos y Vida Pública no podía sustraerse, no podía dejar de hacerse eco de esta visita apostólica, como tampoco podía ni puede permanecer ajeno a lo que constituye el horizonte de su esperada nueva presencia entre nosotros, con motivo de la celebración el año que viene en Madrid de la próxima edición de la Jornada Mundial de la Juventud. Todo un acontecimiento en la vida y en la misión de la Iglesia, que nos traerá nada menos que por tercera vez desde el año 2005, tres veces, a nuestra nación al Santo Padre. No es casualidad.

Un acontecimiento cuyo lema inspira a su vez el lema de este Congreso: *Arraigados en Cristo: firmes en la fe y en la misión.*

Arraigados y edificados en la persona de Jesucristo como hijo de Dios, confirmados por Pedro. Una vez más en la fe y en la misión nos sentimos llamados a responder a esa interpelación a favor de la nueva evangelización.

España. Esa España calificada por Juan Pablo II en su último viaje apostólico. España evangelizada, España evangelizadora, sé tu misma; nos lleva hoy a una especial responsabilidad en la urgentísima y apremiante misión al servicio de esa nueva evangelización de nuestro mundo, que vive en gran medida de espaldas a Dios.

Ese olvido de Dios o la pretensión de recluirlo a la esfera de lo privado, de la conciencia individual, es a mi juicio el acontecimiento fundamental de nuestro tiempo. No hay otro que se le pueda comparar en radicalidad y en lo amplio y trascendente de sus consecuencias. Eso es lo que está detrás de lo que el papa Benedicto XVI en sus palabras en el viaje a España decía: ese laicismo esencial y excluyente, y ese secularismo agresivo que se pretende imponer en nuestra sociedad, que no se trata de esa sana, abierta y legítima laicidad que afirma la autonomía del Estado y de la Iglesia o de las confesiones. Se trata de algo mucho más hondo, mucho más profundo. Se trata de edificar la ciudad secular, de construir la ciudadanía, de crear una sociedad en la que Dios no cuenta para ello. Enraizar una visión dominante del mundo y de las cosas, del hombre y de la sociedad en la que sólo cuenta en su horizonte la capacidad y la fuerza creadora y transformadora del hombre. Ese laicismo que se impone constituye un auténtico proyecto cultural que va al fondo. Un proyecto de ingeniería social que persigue en la entraña de nuestro tiempo extirpar las creencias religiosas de la sociedad, y todo un legado y un patrimonio cultural y espiritual, acumulado durante dos mil años de Cristianismo, que nos ha transmitido una moral común y una cultura compartida, que constituyen los fundamentos y los cimientos de nuestra civilización. Unos principios morales que nos caracterizan como Occidente, y que se ven sustituidos por una suerte de científicismo, por una razón práctica instrumental que no se abre a la fe, y por un relativismo ético.

En este gran cambio cultural que reviste un carácter profundo antropológico, se nos insta a asumir un horizonte de vida y de sentido en el que ya no hay nada en sí y por sí bello, verdadero, bueno, y justo. Y así se niega toda posibilidad de verdades morales estables, universalmente válidas.

La respuesta del papa Benedicto XVI a esto es una nueva evangelización que ofrece y propone, no impone, la verdad del Evangelio, la verdad de Dios y la verdad del hombre, la verdad de la razón y de la fe que no se contraponen, que

se nos dan a todos en Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, rostro humano de Dios, el hijo de Dios encarnado. Necesitamos de la sabiduría y de la fuerza del Espíritu Santo para emprender este camino de nueva evangelización, y corresponder al llamamiento del Papa. Pero ese es su gran mensaje, el que nos ha dejado, el que nos deja en su magisterio y que nos ha legado en este último viaje. Y no es extraño que seamos objeto de su preocupación, no es extraño que pueda contar con nosotros de una manera muy particular, y más aún, no es extraño que haya pensado en nosotros al crear un nuevo dicasterio para la nueva evangelización. Nueva en sus ardores, nueva en sus métodos, nueva en sus expresiones, para transmitir la verdad perenne, la verdad de Dios y la verdad del Evangelio, de una Europa y de una España, como nos recordó en la plaza del Obradoiro, que debe abrirse a Dios, salir a su encuentro sin miedo, y que debe reconocer el valor positivo de la fe cristiana para el bien de la sociedad. Más aún, la defensa y la continuidad en la verdad del hombre, de la verdad histórica de nuestra cultura y de nuestra tradición, requiere un reconocimiento de la legitimidad y del valor humanizante del Cristianismo, en la convicción que aporta a la construcción del bien común, y que debe valorarse favorable y positivamente desde el Estado y desde los poderes públicos. Es la convicción también de que hoy, en nuestra sociedad, hay principios fundamentales que no pueden someterse a la decisión cambiante de las mayorías, que no son negociables, que no admiten componenda, porque están indisolublemente ligados a la naturaleza y a la dignidad de la persona humana, y forman parte del patrimonio ético de la humanidad, el respeto a la vida en todas sus expresiones, desde la concepción, hasta su ocaso natural; la protección de la familia y su dignidad, del matrimonio verdadero, la protección de la libertad religiosa como madre de todas las libertades, la tutela y la libertad de enseñanza en su sentido más pleno y más profundo, y el derecho sagrado de los padres, de las familias y de la sociedad, a elegir el tipo de educación que quieren para sus hijos. Tal visión de las cosas se compadece plenamente con una laicidad, rectamente entendida. Una laicidad que no es laicismo. La laicidad se presenta así como una necesidad, y al propio tiempo como una oportunidad, para el reconocimiento público de la fe cristiana en nuestras sociedades pluralistas de Occidente.

La laicidad no es ni puede ser una opción beligerante y hostil frente al hecho religioso ni a la fe. La laicidad no es ni puede ser tampoco la negación o el desconocimiento del pasado, de la tradición, ni la desvinculación de nuestras propias raíces. Como Benedicto XVI, entiendo que una nación o un continente que ignora la herencia espiritual, moral y religiosa de su historia, comete un crimen contra su cultura, contra la mezcla de historia, patrimonio, arte y tradiciones populares que impregnan tan profundamente nuestra manera de



vivir y de pensar. Arrancar la raíz es, por principio, perder el sentido, debilitar el cimiento de nuestra identidad nacional y europea, secar aún más los fundamentos de nuestra convivencia que tanta necesidad tienen de símbolos de recta memoria.

Por este motivo, ha llegado el momento del llamamiento a una sana laicidad, una laicidad positiva que sea garante del sagrado derecho fundamental a la libertad religiosa, una laicidad que velando por la libertad de creencias, la libertad de creer o de no creer, no considere a la fe ni a la Iglesia un peligro para la democracia o para la libertad, con una auténtica ventaja. Una laicidad que sea garante de la libertad de profesar una fe o de no profesarla, pero para aquellos que la profesen sea garante del derecho de actuar en la vida pública de acuerdo con sus convicciones religiosas y morales.

Ha llegado el momento en que en un mismo espíritu la fe, y muy particularmente la fe católica, mayoritaria en España, miren juntas a los desafíos del futuro y no sólo a las heridas o a las querellas del pasado.

Sólo desde el firme arraigo a esa fe y a ese patrimonio moral y espiritual podremos servir hoy lealmente a la causa del hombre, y a la causa del bien común de nuestra sociedad, y sólo así podremos afrontar esa regeneración moral de nuestra sociedad a la que se refería el señor Nuncio.

Pero no olvidemos –y con esto termino– que el llamamiento del Santo Padre es una interpelación para todos y cada uno de nosotros, porque la responsabilidad es nuestra. Nosotros, en particular los católicos, y muy especialmente los católicos españoles, hemos de asumir en esta hora un compromiso definitivo, porque tenemos por delante una responsabilidad histórica, y es mucho lo que se espera de nosotros. Nuestra presencia y nuestro compromiso sincero y leal en la vida pública, debe ser un compromiso movido por un espíritu sobrenatural, desde la caridad en la verdad, con espíritu constructivo y una actitud positiva, desde un sano optimismo con claridad de ideas y visión de futuro, con audacia cristiana, y con preocupación siempre sobre cómo buscar el bien común y el bien posible en cada momento.

Algo muy particular: ser cristiano hoy aceptando plenamente a Cristo, la fidelidad al mensaje y lo que significa en su profundidad la pertenencia a la Iglesia, e ilusionados y siempre esperanzados, erguidos y abrazados siempre a la cruz. La cruz, la misma cruz que caracteriza el curso del universo como la única luz y el faro supremo que alumbra e ilumina a los hombres y la historia de la humanidad. Esa cruz que, azotada por los vientos contrarios y las sacudidas provocadas por los huracanes de la hostilidad y la persecución a veces manifiesta, otras veces enmascarada, se mantiene y se mantendrá siempre erguida en medio de los vaivenes de la historia y hasta el fin de los tiempos.

Decía Marcelino Menéndez Pelayo que por encima de los poderes de este mundo, negadores de la redención, la sangre del calvario seguirá cayendo gota a gota sobre la humanidad regeneradora por mucho que se vuelvan las espaldas a la cruz. Esa misión apostólica, esa misión que se hace reposar sobre un testimonio coherente y firme, que denota una vivencia adulta y madura de la fe, debe exigir en los umbrales del siglo XXI poner todas nuestras esperanzas en el Señor y en la fuerza del Espíritu Santo, que es quien sostiene la misión. A Él que todo lo crea, que todo lo escruta le pedimos que nos conceda fuerzas, que nos otorgue altura de miras para discernir con acierto en cada momento, y para cumplir con esa misión apostólica que tenemos encomendada, y para que en este servicio apostólico seamos capaces de conducir por los senderos del servicio a la Iglesia y del servicio a la sociedad, procurando siempre y sin perder de vista que los caminos de nuestra grey son los caminos, como os he dicho antes, de la vocación a la santidad, y de hacerlo firmemente arraigado a la fe de la Iglesia en Cristo, y en plena comunión con ella. Porque, parafraseando la carta de San Pablo a Timoteo, sabemos de quién nos hemos fiado y estamos firmemente persuadidos de que tiene el poder, para asegurarnos hasta el último día el encargo que nos ha conferido.

Muchísimas gracias.